

VII.

MARIA fué la milagrosa fuente
Entre espesos zarzales escondida,
De cuya linfa pura y transparente
Brotó copioso el manantial de vida:
Creóla para sí el Omnipotente,
Entre todas las otras elegida
Y á completar su esencia soberana
Hízola madre de la fé cristiana.

LA FE CRISTIANA.

VIII.

“¡Haya luz!” dijo Dios.—Aun turba el viento
Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina:
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á do su amor los encamina,
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
Y á confundirse van al manso rio,
Y el rio con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío:
Surgen los montes, brotan los torrentes,
Y á la voz del Supremero poderío,
De seres mil, millares de millares
Van á poblar el viento y tierra y mares.

¡Hay un Dios!—Le tributan homenaje
 La encina secular en el altura,
 El zumbador insecto entre el follage,
 El cristalino arroyo que murmura;
 En su tierno, dulcísimo lenguaje,
 Le canta el ruiseñor en la espesura,
 En su gruta el leon con su rugido,
 Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios! tierra y mar, y fuego y viento
 Cantando van á un tiempo en su alabanza;
 Revela su hermosura el firmamento,
 La tempestad su túrbida pujanza;
 Su infinito saber el pensamiento,
 Su bondad infinita la esperanza,
 El almo sol su brillo soberano,
 Su vasta inmensidad el Oceano!

Solo el hombre infeliz erró el camino,
 Ceguera incomprensible y lastimosa!
 El más perfecto ser que al mundo vino,
 De Dios la criatura mas preciosa;
 El Soberano del Eden divino,
 Aquel á quien su mano generosa
 Dió un fulgente destello de su ciencia,
 Ese solo dudó de su ecsistencia!

Dudó;—fué mas allá:—negó el menguado
 Que hubiera un Dios, en su febril locura!
 ¡Negó al Señor, el Rey de lo creado;
 Renegó del Criador la criatura!
 El, miserable siervo del pecado,
 Ardiendo en saña y en soberbia impura,
 ¡No hay mas Dios, exclamó en su desatino,
 Ni mas ley ni mas freno que el destino!

¡El destino!—Dios ciego que un demente
 A su antojo formó, como el pequeño;
 Monstruosa creacion de insana mente,
 Mentida sombra que abortó un ensueño:
 Al bien como á los males impotente,
 Mirando sin favor ni torvo ceño
 Al vicio y la virtud, y así al verdugo
 Como al que espira só el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
 Es dó tiene la muerte su dominio;
 Divinidad terrífica que impera
 Sobre campos de sangre y esterminio.
 Mónstruo devorador, cuya hambre fiera
 No saciada en el lúgubre triclino,
 Le impele á devastar con ciego encono
 Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
 ¿Á qué el renombre que el mortal ansía?
 Si todo ha de parar en polvo inerte,
 ¿Á que tanto anhelar, tanta agonía?
 ¿Para qué la virtud del varon fuerte?
 ¿Para qué la inspirada poesía
 El númen de los cantos inmortales
 ¿Que busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro,
 Abandonó las salas diamantinas,
 Para cernerse acá con triste lloro
 Sobre desolacion, luto y ruinas?
 Y el eterno laud de cuerdas de oro,
 Las armonías del Eden divinas,
 ¿Qué entonces fueran, sino duelo y llanto
 Digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
 Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
 De fúnebre ciprés mística corona
 Que anuncia de la muerte los despojos;
 Viento que gime en solitaria zona
 Entre zarzas estériles y abrojos,
 Sin hallar una planta, un eco amigo
 Que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
 Sin la luz de la antorcha soberana,
 Sin el raudal de júbilo que encierra
 La fuente pura de la FE CRISTIANA?
 Muévenle sus pasiones cruda guerra,
 Y si la débil fortaleza humana
 Opones solo á su tremendo embate,
 ¿Cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno
 Con la sávia del sol vivificante,
 Gala y orgullo del pensil ameno,
 Crece olorosa y bella y rozagante;
 Trasplantada despues á suelo ageno
 Pierde su esplendidez, su olor fragante,
 Y á darle nueva vida, extraño fuego
 Nunca es bastante, ni amoroso riego:

Así el débil mortal á la flaqueza
 Del propio corazon abandonado,
 Camina de este mundo en la aspereza
 De negras sombras y de horror cercado:
 Víctima del temor y la tristeza,
 Con la ominosa carga del pecado
 Pesando siempre en los cansados hombros,
 Se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fé vacilante, su amor frío,
 Su caridad mezquina y limitada,
 Su pensamiento el caos ó el vacío,
 Tinieblas el fulgor de su mirada:
 Su ardimiento temor, flaqueza el brio,
 Miseria su ambicion, su ciencia nada!
 Júzgase un dios en su delirio insano,
 Y ante el trono de Dios es un gasano!

Todo lo que su escasa inteligencia
 Crea, pasa veloz.—De cien naciones,
 ¿Donde ahora la fama y prepotencia?
 ¿Qué fué de los temidos Faraones?
 ¿Qué del griego poder, la clara ciencia?
 Imperios y ciudades, religiones,
 Y leyes y costumbres ¿dónde fueron?
 ¡Ay! en polvo fugaz se convirtieron!

Del Éufrates undoso en la ribera,
 Acaso busca el docto peregrino
 Dónde fué la Metrópoli altanera
 Del vasto imperio del famoso Nino:
 Restos, cenizas fúnebres dó quiera
 Embarazan el lúgubre camino,
 Y el eco de su voz solo retumba
 Só el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo y llanto y desventura
 En las tinieblas de la noche humana;
 El mundo era una vasta sepultura
 Dó reinaba la muerte soberana:
 Cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura
 Dó la santa verdad copiosa mana,
 Del Sínai celestial bajaste al suelo
 Á darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error.—Hombres oscuros
 Se lanzan á la lid con faz serena:
 “¡Morir para vencer!” gritan seguros,
 Y en sangre bañan la ominosa arena:
 Ya tiemblan los satélites impuros
 Al ver el entusiasmo que enagena
 Á las sagradas víctimas, y el fiero
 Dejan caer, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
 Arrostran el poder de los tiranos;
 Las vírgenes de tiernos corazones,
 Las esposas, los débiles ancianos,
 Inermes al furor de los sayones
 Se entregan, y á los tigres africanos;
 Y la madre tal vez en santa ofrenda
 Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz:—Llegó á su complemento
 La humanidad maldita y degradada;
 La tierra, el mar, los ámbitos del viento,
 Repitieron la *nueva deseada*:
 Y del bátrro al fondo turbulento
 La falange de espíritus malvada,
 Huyendo se lanzó del númen fuerte,
 Único triunfador contra la muerte.

¡Bella, inmortal, denéfica, divina,
 Omnipotente fé, siempre triunfante!
 Del alma fortaleza diamantina,
 Que miedo infunde al infernal gigante;
 Fuente de amor serena y cristalina
 Que ofrece grata sombra al caminante,
 Y con sus puras ondas le convida
 En medio del desierto de la vida:

Faro amigo que surge en lo lejano
 Al náufrago infeliz en noche oscura,
 Cuando rugiendo airado el Oceano
 Y llena el alma de mortal pavora,
 En vano esfuerza la cansada mano
 Á luchar con su indómata bravura,
 Y al ver la luz en la ribera ansiada
 Cobra vigor y con aliento nada:

Sublime fé, del hombre compañera,
 A sus trémulos pasos docto guía;
 Unica luz de claridad sincera,
 Unica inspiracion que no estravia:
 Unico amigo cuya voz severa
 Nos consuela y ampara en la agonía,
 Mostrándonos risueño en lontananza
 El puerto que soñó nuestra esperanza:

¡Salve, pura centella desprendida
 Del foco inmenso de la eterna lumbre!
 ¡Salve, perenne manantial de vida
 Que brotaste del Golgotha en la cumbre!
 Tú eres el ígneo rayo que intimida,
 El iris de la paz y mansedumbre,
 De todo bien generador fecundo,
 Ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

